

La evolución del poder en la Revolución Cubana en la visión del historiador Juan Valdés Paz

Por Tatiana Coll Lebedeff*

La evolución del poder en la Revolución Cubana es una obra del conocido investigador cubano Juan Valdés Paz, editada en 2019 por la Fundación Rosa Luxemburgo y distribuida gratuitamente. El autor ha sido, en primer lugar, un actor comprometido con los diversos procesos revolucionarios de Cuba. Sociólogo e historiador, ha logrado sistematizar las experiencias colectivas de un pueblo en su marcha transformadora. Ha sido profesor titular de la Universidad de la Habana y del Instituto de Relaciones Exteriores Raúl Roa; fundador de la revista *Pensamiento Crítico* en la década de los sesenta; investigador del Centro de Estudios sobre América; profesor de sociología del trabajo en el Instituto Azucarero, de sociología agraria en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y de sociología política en el Instituto de Historia de Cuba. En 2014 obtuvo el Premio Nacional de Ciencias Sociales y Humanísticas de Cuba. Cumplió misiones de apoyo y realizó estudios agrarios en Angola, Mozambique, Etiopía y Nicaragua. Algunas de sus obras publicadas son: *La transición socialista en Cuba* (1993); *Procesos agrarios en Cuba 1959-1995* (1997); “Cuba: la izquierda en el gobierno”, en la obra coordinada por Beatriz Stolowicz, *Gobiernos de izquierda en América Latina. Un balance político* (2007), y *El espacio y el límite: ensayos sobre el sistema político cubano* (2009).

La obra que presentamos aquí se compone de dos tomos –incluyen seis capítulos–, que en algo más de 800 páginas refleja un conocimiento profundo de los procesos político-sociales y económico-jurídicos desarrollados en Cuba en estos 60 años. Una difícil tarea, ciertamente, que lleva al autor a presentar una obra que podríamos definir casi como enciclopédica, pues realiza una recopilación sistemática de una cantidad impresionante de datos, no sólo de fechas históricas, sino un conjunto de elementos específicos que constituyen el hilo conductor de las transformaciones revolucionarias: leyes, acuerdos, nombramientos, creación de instituciones gubernamentales y no-gubernamentales, relaciones político-sociales internas y externas, movilizaciones, etcétera. Una obra resultado de muchos años de paciente recopilación y

* Socióloga. Profesora-investigadora en la Universidad Pedagógica Nacional, México. Líneas de investigación: política educativa y educación popular alternativa, teoría y procesos sociales en América Latina y el Caribe, en particular, movimientos sociales y resistencias. Articulista del diario *La Jornada*. E-mail: <tatianacolllebedeff@yahoo.com.mx>.

sistematización en un entramado significativo que el autor construye. El tema central: la evolución del poder en la Revolución, enfocado desde muy diversos ángulos que conforman esa enorme diversidad de facetas que convergen en la conformación y acción de un poder político-social-económico y revolucionario.

El tema del poder político en Cuba es probablemente uno de los más debatidos y analizados por diversas corrientes políticas en todo el mundo. Desde los intelectuales orgánicos de las esferas de seguridad de los halcones norteamericanos, hasta las corrientes más diversas de las izquierdas. Las versiones más disímolas acompañan estos 60 años de permanencia y cambio constante de una revolución herética que desafió desde el inicio todos los cánones tradicionales: una revolución nacionalista y socialista en la periferia dependiente realizada por todo un pueblo y no por el sujeto histórico determinado. Para muchos constituye un verdadero misterio el sostenimiento tenaz del régimen revolucionario en Cuba y creen que sólo se sostiene –y así lo explican y divulgan– mediante un perverso sistema dictatorial de controles que transforma al pueblo cubano en un conjunto de zombis sin voluntad, y en el otro extremo están aquellos que plantean un vaciamiento total del carácter revolucionario inicial que convierte a sus cúpulas dirigentes y al pueblo en cómplices de la restauración del capitalismo de Estado, como en China. Todo ello acrecienta el valor de una obra de esta envergadura, que nos permite entender los componentes de los difíciles procesos que ha enfrentado Cuba.

Valdés Paz ha advertido en algunas entrevistas que a estas alturas no se trata de dar un debate meramente en torno a las diversas definiciones y/o construcciones teóricas sobre la Revolución, el socialismo y sus vías de implementación, que han engarzado en infinitas confrontaciones y divisiones a la izquierda durante muchos años y que han desembocado, la mayoría de las veces, diría yo, en derrotas de los procesos de cambio. No es que la teoría no tenga sentido, sino que lo tiene en la misma medida en que responde a una realidad concreta, cuidadosamente analizada.

Por mi experiencia y formación en Cuba sé que los cubanos nunca fueron partidarios de destinar fuerzas esenciales al desgaste de una discusión teórica plagada de los conocidos “ismos”, todos ellos aferrados a ser los verdaderos marxistas: soviéticos, maoístas, troskistas, albanistas, etcétera. Siempre fueron partidarios de un análisis más apegado y producto de un acercamiento lo más riguroso posible a los hechos reales, políticos, sociales y, por supuesto, a la pesada carga que impone el intento audaz de transformar una economía azucarera dependiente prácticamente monoprodutora, dominada por el capitalismo yanqui desde que abrió el siglo xx, y convertirla en la base material desarrollada sobre la cual edificar un socialismo equitativo, igualitario, internacionalista y sostenible. A este enfoque responde con creces la obra de Juan Valdés, que constituye un examen minucioso y sistemático de los hechos de estos 60 años de revolución.



Valdés Paz parte de las definiciones clásicas en torno a la noción de poder, como son las de Norberto Bobbio, Michelangelo Bovero y Mario Stoppino, tan utilizadas actualmente, en términos de una relación estructural integrada por múltiples variantes de carácter político, social, económico y cultural. En esta definición, para el autor, el poder político sería el que se ejerce de manera efectiva y legítima sobre la comunidad política, junto con aquel otro, denominado poder social, el cual se ejerce desde todas las dimensiones de la sociedad sobre el conjunto de sus miembros. Definición que nos recuerda aquella que propuso René Zavaleta al analizar la irrupción del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) en la Bolivia de 1952: doble poder que se complementa y/o confronta en contradicciones propias de un proceso de transformación, enriquecida por Álvaro García Linera actualmente. Dos elementos constantes en el proceso cubano que se reflejaron nítidamente en aquel bullicioso y radical inicio, cuando se conformaron los rasgos de una democracia directa, una democracia asamblearia de participación multitudinaria bajo la cual se declaró el carácter socialista de la misma y que abrió los cauces de un proceso institucional para garantizar la participación real del pueblo en un nuevo sistema de representación denominado Poder Popular. Proceso sujeto a permanente revisión, transformación, ampliación y especialización, como lo reseña Juan Valdés, para lo cual organiza su matriz analítica a través de dos procesos combinados, que aquí presentaremos de manera separada para percibir la especificidad de los mismos. En el primero, trata de realizar o recoger la periodicidad histórica que marca diferentes etapas a lo largo de estos 60 años; en el segundo proceso –que se inserta dentro de cada periodo– construye un esquema o matriz conceptual que define un conjunto de elementos que serán los mismos para cada periodo y que permite distinguir los cambios y avances para poder realizar una comparación que marque la evolución del poder político.

Empecemos por presentar la periodización que abarca los dos tomos.

El Capítulo I, de 1959 a 1963, que Valdés Paz denomina “Instauración del Poder Revolucionario”. Un periodo tan clásico como definitorio en la historia de la revolución que marca el triunfo de un proceso armado de carácter antidictatorial, nacionalista y martiano, y su conversión en una revolución antimperialista y anticapitalista, es decir, socialista. Un enorme torrente de hechos –todos imprescindibles– marcan este camino que convirtió a la Revolución Cubana en una “herejía” que desafió y sigue desafiando todos los cánones tradicionales hasta nuestros días. Esos escasos cuatro años son tan complejos y abarrotados de cambios vertiginosos que se dividen para desmenuzar su significado en otros dos sub-periodos.

1. 1959-1961: primeros años en que se da cumplimiento al “Plan del Moncada”,¹ es decir las grandes transformaciones sociales encaminadas a lograr reparaciones

¹ Derivado del “Programa del Moncada” establecido a partir del documento conocido como *La*



de justicia, de equidad y de dignidad para las grandes mayorías reprimidas y excluidas por la dictadura y los grandes capitales dominantes, proceso que permite instaurar y consolidar el poder revolucionario.² El momento cumbre del periodo es la invasión sostenida por Estados Unidos en Playa Girón y la consecuente declaración del carácter socialista de la Revolución.

2. 1961-1963: es el periodo en que las grandes nacionalizaciones-expropiaciones marcan el paso de meras nacionalizaciones a medidas anticapitalistas que socializan los principales medios de producción.³ También representan los primeros pasos en el establecimiento de las bases socialistas de organización y planificación, con la participación de las grandes organizaciones de masas en todos los frentes; el momento de mayor confrontación directa con Estados Unidos en la llamada “Crisis de Octubre” o “Crisis de los Misiles”. En su conjunto, los primeros cuatro años significaron la inclusión decidida y masiva de la población en las tareas de la Revolución y el desplazamiento de las clases dominantes que optan por la asociación y dependencia total de las iniciativas norteamericanas. Para lograr este proceso, el mayor reto interno fue consolidar la unidad de las diversas fuerzas que participaron en la lucha armada revolucionaria,⁴ esencial para garantizar la supervivencia de la misma.

El Capítulo II, de 1964 a 1974, denominado “El socialismo nacional”.⁵ Es un periodo fértil en los debates profundos con las concepciones dominantes del socialismo

historia me absolverá, defensa pronunciada por Fidel Castro en su juicio después del asalto al Cuartel Moncada.

² Simbolizadas por la Ley de Reforma Agraria, la Ley Urbana, la Alfabetización, la Nacionalización de la Enseñanza, los Tribunales Populares, las Milicias Populares, el Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA), entre muchas otras.

³ Periodo que se abre con la Segunda Ley de Reforma Agraria, que implica ya una afectación directa a empresas y propiedades del gran capital cubano y otras que implicaron la transformación de las instituciones del Estado, así como la creación de la Junta Central de Planificación.

⁴ Fue muy significativa la transformación del Movimiento 26 de Julio, el Directorio Estudiantil Revolucionario y el Partido Socialista, primero en las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI) y después en el Partido Unificado de la Revolución Socialista (PURS), para llegar a la formación, en 1965, del Partido Comunista de Cuba (PCC), en su lucha por la unidad revolucionaria y contra el sectarismo desplegado por algunos miembros del Partido Socialista Popular (PSP), como Aníbal Escalante.

⁵ Es necesario recordar que la forma en que Nikita Kruschov resolvió unilateralmente la Crisis de Octubre –sin tomar en cuenta las demandas esenciales de Cuba para retirar los misiles– generó una profunda desconfianza hacia la visión y estrategia de defensa del socialismo que planteaba la URSS. Polémicos fueron también los planteamientos del Che Guevara: su crítica a los postulados de la economía soviética y su propuesta de crear un sistema propio, concebido como de financiamiento-presupuestal. Yo añadiría que una parte de este debate se extendió desde la década de 1960 hasta la de 1980, debido al apoyo de Cuba a las luchas antidictatoriales y por la libertad que se expandieron



occidental y soviético que significaron, en palabras del autor, la “evolución del poder político y social en apoyo a un socialismo autóctono”. En este periodo, el mayor reto, en términos de la consolidación del poder político, era lograr la reproducción y conservación del poder revolucionario fundante con su enorme ola de participación masiva, a la vez que establecer su institucionalización. Este periodo también marca dos etapas diferentes.

1. 1964-1970: esta etapa de transición socialista produjo un escenario de creciente radicalización cuyo “núcleo duro” fue la “promoción de específicos modelos de planificación, dirección y gestión de la economía”.⁶ De manera simbólica, esta radicalización, también política y social, se refleja en la denominación del año 1967 como Año del Vietnam Heroico –Cuba establece una representación diplomática con el Vietcong en el Sur y plantea la convergencia de Cuba, Vietnam y Corea– y de 1968 como Año del Guerrillero Heroico, en homenaje a Ernesto Che Guevara. Al mismo tiempo, la hostilidad de Estados Unidos se incrementó de manera brutal, buscando el aislamiento total de Cuba del continente latinoamericano a través de la Doctrina de Seguridad Nacional y la promoción de diversos golpes de Estado.
2. 1970-1974: periodo que se define a partir del revés sufrido en 1970, cuando no se alcanzó la meta de producción de 10 millones de toneladas de azúcar en la zafra, hasta 1974. Ello marcó un punto de inflexión y abrió un intenso periodo de debates y definiciones fundamentales. Se lanzaron diversas iniciativas: encauzar y legalizar el Poder Popular; legitimar una nueva división territorial-administrativa; lograr un acoplamiento de la organización económica al modelo del cálculo económico e ingresar al Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), y finalmente, promulgar una nueva Constitución: la Constitución Socialista de la República de Cuba. No menos importante para este periodo fue la consolidación del PCC que culminó una tarea constante de unificación de todas las fuerzas revolucionarias y el acuerdo en torno a los grandes cambios propuestos que significaron una institucionalización de las nuevas estructuras de participación político-electoral, administrativas gubernamentales y de las organizaciones de masas. Si bien en sus primeros años las funciones del partido estuvieron concentradas en el empuje de las políticas radicales en todos los

por América, África y Asia. Ver P. Gleigeses, *Misiones en conflicto. La Habana, Washington y África 1959-1976*, y la fundación de la Organización Latinoamericana de Solidaridad y de la Tricontinental, confrontándose de nuevo con la visión política estratégica restringida y negociadora de los soviéticos y los Partidos Comunistas latinoamericanos.

⁶ Este momento se denominó como “la supresión de las relaciones monetario mercantiles, uniformización del salario y la instauración masiva de estímulos morales”. Posteriormente se nombró como la época del romanticismo, señalándose los errores cometidos durante estos años.



frentes estatales y sociales, a partir de 1970 se hizo un gran énfasis en el debate sobre la separación de las funciones de los tres entes rectores: el Partido, el Estado y la administración, perfilando su papel como dirección central político-ética. Para 1974, el Partido contaba con 186 mil 955 militantes,⁷ agrupados bajo el centralismo democrático. Para Juan Valdés: “El logro más extraordinario del poder revolucionario en el periodo fue la consolidación de la política social de la Revolución, incluida como ‘núcleo duro’ de todos los modelos económicos ensayados” (tomo I, capítulo II, pág. 88). Sus características de universalidad, gratuidad y territorialidad, con una concepción integral de los derechos sociales, se mantienen como pieza central que la define.

El Capítulo III, de 1975 a 1991. Un periodo de 16 años en los que las profundas transformaciones y la evolución de la Revolución son echadas a andar en todo el país. Con gran energía se puso en marcha este nuevo modelo de transición al socialismo en todos sus niveles. Los retos, señala Juan Valdés, seguían siendo mantener el bloque popular revolucionario y la unidad política frente a la constante y creciente agresión norteamericana, la instauración de un modelo económico de inspiración soviética y la incorporación plena de una generación joven que no nació bajo el capitalismo. De nueva cuenta, el periodo abarca dos momentos claramente diferenciados.

1. 1975-1985: años donde la pauta fue determinada por el proceso económico apegado a las normas generales del funcionamiento establecido en los países del “socialismo real”. El nuevo modelo y la inserción en el CAME permitieron un avance sustancial en la construcción de la base material y un crecimiento económico sostenido.⁸ Pero, al mismo tiempo, se avanzó en un proceso diferente en el ámbito político: el debate popular y la aprobación plebiscitaria de la Constitución, así como la construcción del complejo entramado del Poder Popular con su correspondiente sistema electoral, totalmente distinto al operado en los otros países socialistas.⁹ De la misma manera, en un rumbo diferente al sostenido por los países del socialismo europeo, que marcó un acento característico de la revolución, fue el desarrollo de otro proceso de significación mundial: la participación de Cuba en la defensa e integridad de la soberanía de la República de Angola y la inserción y afirmación del carácter internacionalista

⁷ Es de notar que el ingreso al Partido no era por propuesta voluntaria sino en asambleas de centros de trabajo o de organizaciones de masas, lo que distinguió a este partido de otros.

⁸ Este crecimiento económico tuvo niveles promedio de 8 por ciento. Sin embargo, se mantuvo la dependencia de la estructura azucarera.

⁹ Esta afirmación tan tajante es mía. Al analizar este punto, Juan Valdés se limita a señalar los rasgos marcadamente diferentes de dicho sistema, que en su momento conocimos como la política de “retomar los rasgos propuestos en la Comuna de París”.



de la Revolución en todos los documentos y acciones definitorias.¹⁰ Finalmente, Juan Valdés destaca que “El poder del Estado se ejercerá en adelante [...] mediante los órganos representativos: las Asambleas del Poder Popular” (tomo I, capítulo III, pág. 226).

2. 1985-1991: en estos años se precipitan acontecimientos cruciales para una nueva escalada de la confrontación imperialista y, al mismo tiempo, un debate fundamental para la sobrevivencia de la Revolución en torno a los procesos de “socialización del poder” y las necesarias formas de “autogobierno y autogestión”, a pesar de enfrentar condiciones de agresión crecientes que empujan siempre a la centralización. De manera evidente, el periodo marca el fin de la existencia del campo socialista europeo y el aislamiento creciente de Cuba. El periodo inicia en 1985, cuando Fidel Castro anuncia –a través de fuertes críticas al desempeño burocratizado y economicista de funcionarios y cuadros– el comienzo de un proceso de Rectificación de Errores.¹¹ Juan Valdés señala que “con esta campaña se produjo una vuelta al pensamiento económico del Che” y a los temas propuestos en una visión más autónoma, en torno a la construcción del “hombre nuevo”, haciendo énfasis en el carácter social de todo el proceso, “consolidando una política social universal”. Por otro lado, el autor señala que en el terreno de la evolución de las instituciones políticas se logró una “reconstrucción de la ciudadanía” a través de la “constitucionalización” del proceso revolucionario.

Uno de los avances más sólidos de este periodo fue la consolidación del sistema educativo y científico, en el que destacan los niveles alcanzados por el conjunto de la población y la construcción de un polo científico con organismos de investigación y producción de alto perfil, una de las grandes fortalezas de la Revolución.

¹⁰ En el periodo se produjeron además las intervenciones de Estados Unidos en tres países cercanos a Cuba: Nicaragua, Granada y Panamá. También, a partir de la década de 1980 se consolidaron los procesos revolucionarios en El Salvador y en Guatemala, al tiempo que en Sudamérica las dictaduras llegaban a su fin dando paso a las democracias electorales. Lo complejo en esta década será el advenimiento del neoliberalismo, particularmente el encabezado por el gobierno del presidente estadounidense Ronald Reagan con su agresiva política del “*roll back*”, plasmada en los Documentos de Santa Fe, donde literalmente afirma que Cuba es “la fuente del mal”. Con este escenario, Cuba “retomó la estrategia de una defensa territorial miliciana”, bajo el concepto de “guerra de todo el pueblo”, como apunta Juan Valdés.

¹¹ Este proceso constituyó uno de los momentos visionarios de Fidel Castro al percibir los alcances y peligros –el derrumbe– de la política de la *Glasnost* y la *Perestroika* iniciada por Mijaíl Gorbachov, lo que a mi juicio permitió la sobrevivencia de la Revolución, al profundizar los valores sociales revolucionarios y con ello enfrentar la caída del campo socialista. Sin embargo, en el debate iniciado en 2003, para algunos ese hecho constituyó un error.



En el Tomo II, Capítulo IV, Valdés Paz analiza el muy complejo proceso que llevó a Cuba a representar la única experiencia de una revolución socialista en el hemisferio occidental, que logró no ser arrastrada por la brutal hecatombe del campo socialista. El periodo que va de 1991 –derrumbe de la URSS– a 2008 se define como un periodo de “crisis de sobrevivencia, reacomodo y reformas que incidieron fuertemente sobre el poder político, lo que debilitó sus capacidades como poder social”,¹² hasta llegar al momento en que Raúl Castro asume el relevo de la dirección revolucionaria.

Por razones obvias, este es uno de los capítulos más extensos, por ello Juan Valdés divide este periodo histórico y político en tres subcapítulos: 1) 1991-1993, “ajustes y aperturas económicas” imprescindibles para la sobrevivencia; 2) 1994-2002, periodo en el que se alcanza “una mínima estabilidad económica y social” con un nuevo modelo, más diversificado y abierto, y 3) 2003-2008, cuando se define un modelo “de rasgos más tradicionales del socialismo cubano que conserva algunas de las aperturas aunque de forma acotada” (tomo II, capítulo IV, pág. 9).

La gran consigna que orientó el periodo fue: “Nuestro deber más sagrado es salvar la Patria, la Revolución y el Socialismo”. Para superar estos difíciles retos, las estrategias de cambio se definieron a partir de: “a) la Revolución no hará concesiones de principios; b) no se aplicarán medidas de *shock*; c) ningún cubano quedará desamparado; d) la carga de la crisis será repartida de la manera más equitativa posible, y e) se respaldarán las políticas de recuperación con el consenso mayoritario de la población” (tomo II, capítulo IV, pág. 11).

En suma, estos años representaron el mayor desafío en toda la historia de la Revolución. Las poderosas fuerzas externas y la estrepitosa caída del campo socialista presentaban a la Cuba revolucionaria “tan inviable como incierta”. El lanzamiento estratégico de la Batalla de Ideas, así como el histórico discurso de Fidel Castro en 2005 –en el que apuntó que “nadie sabía cómo construir el socialismo” y que “la Revolución puede ser destruida por nosotros mismos”–, marcaron las pautas del complejo debate que se abrió.¹³

Los cambios constitucionales realizados abarcaron 60 por ciento de la Constitución, aunque dejaron casi intacto el ordenamiento político. En general se planteó un perfil más apegado a la “cultura republicana nacional y al ideario martiano”. Se

¹² Conocido popularmente como “Periodo especial” o “Del doble bloqueo”.

¹³ Ver: “Discurso de Fidel Castro en la Universidad de La Habana el 5 de noviembre de 2005”, en Julio César Guanche (comp.) (2009), *El poder y el proyecto. Un debate sobre el presente y el futuro de la Revolución en Cuba*, Cuba, Editorial Oriente. Al mismo tiempo, la recuperación del niño Elián y la lucha por los cinco cubanos injustamente encarcelados en Estados Unidos representaron el triunfo de David sobre Goliath, una victoria política audaz y cimentadora.



aprobó una Tercera Reforma Agraria, con ampliación de las formas de propiedad, incluyendo la cooperativa agraria y la mixta; se establecieron las bases de la autogestión empresarial;¹⁴ se acordó la elección por voto directo, secreto y universal de los delegados del Poder Popular en todos sus niveles y la instauración de los Consejos Populares Locales.

Para concluir este largo y detallado análisis, Valdés Paz señala que las diferentes fuentes de legitimidad –histórica, jurídica, satisfacción de demandas, democraticidad y proyecto de sociedad futura– se vieron afectadas en este periodo. Sin embargo, las fluctuaciones que tuvieron en los tres momentos no llegaron a afectar el carácter mayoritario del consenso sobre el régimen y sus liderazgos.

En el Capítulo v, Juan Valdés analiza el periodo que va de 2008 –conocido por todos como el año de la elección del General de Ejército Raúl Castro como sucesor del líder histórico de la Revolución, Fidel Castro– a 2018, cuando Raúl Castro deja el cargo. Periodo que marcó ciertamente retos importantes. El principal, como lo señala el autor: “mantener el bloque popular revolucionario y la unidad del estamento político en las condiciones de un modelo económico y de transición socialista que se encontraban, en gran medida, agotados” (tomo II, capítulo v, pág. 194); así como recuperar las actividades económicas y sociales afectadas, y mantener una cierta normalización de relaciones exteriores que garantizara, en un escenario adverso, la soberanía nacional, la sobrevivencia de la Revolución y el proyecto socialista.

De esta manera, el principal rasgo del periodo fue el despliegue de un conjunto de reformas, ampliamente discutidas y consensuadas, en todas las esferas de la sociedad cubana socialista. Estas decisivas reformas se realizaron en tres momentos: 1) de 2008 a 2011 se “identificó un programa de reformas económicas” refrendado por un congreso partidario y por acuerdos de la Asamblea Nacional del Poder Popular; 2) de 2011 a 2016 “se intentó la implementación de dicho programa”, y 3) de 2016 a 2018 se definió un Plan Nacional de Desarrollo hasta 2030, así como un modelo de socialismo “con características propias” (tomo II, capítulo v, pág. 195), que culminaron en una reforma debatida públicamente de la propia Constitución.¹⁵

Un rasgo importante que destaca Juan Valdés es la aparición en América Latina de los llamados gobiernos progresistas y antineoliberales, lo que le permitió a Cuba un retorno al ámbito político y social del continente, sobre todo a través de una destacada

¹⁴ Coloquialmente denominado “cuentapropismo”, pero también se abrió la economía a la inversión extranjera altamente regulada.

¹⁵ Destacan en este ámbito: las conclusiones del VII Congreso del PCC; la aprobación de los “Lineamientos de la política económica y social del Partido y la Revolución”; el Plan Nacional, y la “Conceptualización del modelo económico y social cubano de desarrollo social”.



participación en diferentes instancias, como la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), así como un acercamiento importante con Rusia y Europa, e incluso con el gobierno de Barack Obama, bruscamente interrumpido por Donald Trump. De manera muy significativa el autor señala:

La siempre presente Batalla de las Ideas contra las ideas anticomunistas y antisocialistas, proimperialistas y neocolonialistas, liberales y neoliberales, fue reforzada en este periodo por una Batalla de las Ideas al interior del campo revolucionario: de los reformistas contra los inmovilistas, de la nueva mentalidad frente a la vieja; de la derecha y la izquierda del espectro político contra los centristas; de los reformistas radicales contra los reformistas moderados; y otras. Ello apuntaba a la dificultad de equiparar la unidad ideológica con la política [para lograr un acuerdo sobre el programa revolucionario]. A ello contribuía la concepción de que el Partido y el Estado deben tener una doctrina propia sobre la cual construir el consenso; y no la de basar este consenso solamente en el programa revolucionario que sostiene al proyecto de nación y de sociedad (tomo II, capítulo V, pág. 308).

Un hecho trascendental que sucedió en este periodo fue el fallecimiento del Comandante Fidel Castro, en noviembre de 2016, hecho que generó “una extraordinaria movilización de masas que reveló el amor espontáneo de la inmensa mayoría del pueblo cubano y el respeto universal por su trayectoria y obra de vida” (tomo II, capítulo V, pág. 311).¹⁶

Una particularidad importante del periodo fue la implementación de un conjunto de reformas determinantes que caracterizaron una creciente descentralización del poder a la par de una mayor socialización del mismo, asegurando la sobrevivencia de la Revolución en medio de un ambiente externo de creciente hostilidad e incertidumbre, y la reproducción de “su legitimidad en condiciones de mayor consenso pasivo y manifestaciones de anomia política”.

El debate del poder en la Revolución Cubana

Para finalizar, intentaré presentar de manera resumida la matriz conceptual organizadora que construyó Juan Valdés Paz a través de propuestas de diferentes puntos de análisis y que permite una lectura muy especializada, ya que se inserta en los diversos periodos y posibilita visualizar con claridad los avances, errores y cambios.

¹⁶ Con la mezquindad y equívoca vocación que le caracteriza, la oposición celebró y pensó que llegaba el fin de la Revolución. Nunca ha logrado acertar en sus predicciones fatalistas, por ello el rencor de Donald Trump y un sector se refleja en las medidas actuales impuestas.



Algunos de los conceptos aparecen desplegados con mayor extensión e información que otros en los diferentes capítulos.

En un primer punto introductorio, el autor analiza: 1) el poder desde el periodo anterior como contextualización; 2) el escenario externo, detallando la inserción política y económica, y las relaciones con Estados Unidos, América Latina, y con los diferentes bloques socialistas y las distintas regiones del mundo, y 3) el escenario interno con sus retos, cambios realizados, debates entre corrientes y la evolución del poder.

En un segundo punto, el autor desglosa con precisión el ordenamiento jurídico en todos los espacios y niveles, es decir, las leyes promulgadas, un reordenamiento constante de acuerdo con las circunstancias y el avance hacia una constitucionalidad e institucionalización creciente de la Revolución.

A partir de estos puntos, en lo que sería un tercer bloque, Juan Valdés desarrolla su análisis donde el orden puede variar según las prioridades del periodo analizado, pero señalamos estos elementos como aparecen en el Tomo I: a) se detallan los cambios en la división político-administrativa, ampliada desde 1975; b) posteriormente aparece el análisis del sistema político –organizaciones políticas, instituciones del Estado, institutos armados, poderes locales–, que a veces alterna con otro tema; c) se detalla el desglose de las instituciones estatales –gobierno revolucionario, administración central, poderes municipales y locales institutos armados, etcétera; d) se aborda lo que el autor denomina sociología política, liderazgos, cuadros, burocracia, socialización del poder, participación, etcétera; e) se analizan el sistema civil y las organizaciones de masas; f) el sistema económico, que siempre ocupa un espacio amplio y complejo; g) el sistema ideológico-cultural, medios masivos de comunicación, educación y cultura; h) la legitimidad del poder: fuentes históricas, sociales, jurídicas, formas de democracia y proyecto a futuro, y finalmente i) se reflexiona en torno al desarrollo de formas de autogestión y autogobierno en los diferentes momentos de la transición al socialismo, la consolidación del Poder Popular y su perfeccionamiento constante.

Esta puntual enumeración de los diversos elementos que integra en su análisis a lo largo de la extensa obra, puede darnos la medida del elaborado y detallado proceso de valoración que desarrolla Valdés Paz sobre la transformación constante y compleja de la Revolución en 60 años. Todo ello, además, en el marco de una contradicción –marcada por las permanentes agresiones externas que atraviesa todos los momentos–, entre una necesaria centralización frente a condiciones de extrema resistencia, a la vez que una necesaria socialización creciente para consolidar el poder social popular. Una constante exigencia de planificación centralizada frente a la escasez de recursos, así como la necesidad también creciente de liberar una autogestión creativa para construir nuevos recursos sociales.



En el Capítulo VI, titulado “El debate del poder en la Revolución Cubana”, una vez que contamos con toda la información histórica precisa y significativamente organizada, podemos abordar y entender mejor este debate crucial. Juan Valdés nos anuncia de entrada: “La principal tesis que sostendremos es que la preservación y reproducción ampliada del poder fue y será posible por la reconversión del poder político en un poder social idóneo” (tomo II, capítulo VI, pág. 321). Un proceso histórico que permanentemente nos remite a las condiciones específicas en las cuales se desarrolló.

Este capítulo de conclusiones es el más nutrido de significaciones conceptuales y, por lo tanto, el más complejo e imposible de resumir sin cercenar partes fundamentales. Por ello apuntaré solamente algunos elementos importantes en los que el autor profundiza, varios de ellos ya señalados, como son las contradicciones presentes:¹⁷ la institucionalización del poder revolucionario pone siempre en juego al poder político y social, y el fortalecimiento del “Estado socialista como garante del proceso de defensa de la nación y del orden revolucionario”¹⁸ tiende a anular las iniciativas de descentralización, socialización, autogestión y autonomía¹⁹ de los diferentes actores sociales. Otras contradicciones son: la norma institucional frente a la desviación; participación popular frente a burocratización; control democrático frente a corrupción; eficiencia frente a ineficiencia, y claro, descentralización frente a centralización. Si bien estas contradicciones han sido analizadas constantemente en Cuba y aún prevalecen, “no debemos de olvidar –dice el autor– que ese orden institucional ha cumplido sus funciones básicas, que ha sido una de las fuentes de hegemonía y que mediante él la Revolución Cubana ha llegado hasta nuestros días” (tomo II, capítulo VI, pág. 343). Algunos retos sociales que se perfilan hoy día son: el envejecimiento poblacional, el cambio generacional, la estructura socioclasista y una totalidad social cada vez más compleja.

Incisivo análisis, imprescindible para una profunda comprensión del proceso cubano, el libro de Juan Valdés Paz apunta como conclusión final: “La condición material primera y última de sus realizaciones (de la Revolución) ha sido y es el poder revolucionario constituido como poder político a comienzos de los años sesenta. La mayor parte de los logros de ese poder fue el resultado de su conversión en poder social –económico, civil y cultural– y con ello alcanzó una creciente, aunque inacabada socialización de sus proyectos” (tomo II, capítulo VI, pág. 406).

¹⁷ De una u otra manera son contradicciones propias de los procesos socialistas, presentes en las diversas experiencias que se han desarrollado, pero sobre todo resueltas de diferentes maneras.

¹⁸ Sobre todo en las condiciones geopolíticas cubanas prácticamente frente a la “frontera interna” de seguridad norteamericana.

¹⁹ Conceptos todos diferentes que corresponden cada uno a esferas distintas. La socialización de los medios de producción es uno de los procesos más complejos en el socialismo y su debate teórico tal vez haya sido insuficiente como experiencia y práctica socialista.

